



• NOVENA DE •
Navidad
2024

Para recoger con esperanza al Mesías

*En la Navidad nace Jesucristo,
nuestra esperanza*





Contenido

En la Navidad nace Jesucristo, nuestra Esperanza 4

Oraciones para encender cada domingo las velas
de la Corona de Adviento 6

- *Primer domingo de Adviento*.....7
- *Segundo domingo de Adviento*8
- *Tercer domingo de Adviento*9
- *Cuarto domingo de Adviento*10

Oración diaria para bendecir los alimentos
durante el Adviento 11

Ángelus 12

Orden de la Novena de Navidad

- *Oración para todos los días* 13
- *Consideración para cada día de la Novena* 14
- *Gozos al Niño Jesús* 33
- *Oración a la Virgen María* 35
- *Oración a San José* 37
- *Oración al Niño Jesús* 37

Villancicos 38





En la Navidad nace Jesucristo, Nuestra Esperanza

«No teman: les anuncio una gran alegría, que lo será para ustedes y para todo el pueblo: Les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, el Mesías, el Señor.» (Lucas 2,10-11). Estas palabras del ángel a los pastores de Belén en la noche de Navidad representan la noticia más grande y esperada de todos los tiempos, aquella que, por esta época, el mundo quiere escuchar de nuevo porque contiene en sí misma un mensaje de gozo y de esperanza.

La venida del Mesías nos reúne en torno al pesebre, en las casas y en los templos, en las calles y en los parques, para cantar su llegada y proclamar a viva voz que Dios está con nosotros, que su amor se desborda en favor nuestro y que la humanidad necesita de Él para ver el futuro con esperanza.

La novena de Navidad se convierte en un admirable motivo para encontrarnos y reunirnos junto al pesebre, para orar juntos y esperar el nacimiento del Niño Dios. Su venida allana caminos y su llegada comunica esperanza, porque el Señor trae consigo los bienes más profundos que anhela la humanidad: el amor, la paz y la prosperidad. Por eso, con la novena, damos inicio a este camino espiritual donde hay lugar para todos, pues somos obra de un único Creador y Redentor.

La novena de Navidad nos prepara también para el próximo Año Jubilar que nos llama a poner la esperanza en Dios. Cada 25 años la Iglesia proclama este Año Santo con un tema especial que, en esta ocasión, nos anima a recuperar la confianza en Dios, en la Iglesia y en la sociedad en general para que el pesimismo, la violencia y la injusticia sean vencidas en Jesucristo, esperanza de toda la humanidad, y se abran para todos las puertas de la reconciliación, de la fraternidad, de la solidaridad, del respeto





a la creación y de la promoción de la vida humana, ya que de Dios recibimos este tesoro y Él lo engrandece más todavía con la encarnación de su Hijo Jesucristo. Así pues, el Año Jubilar tendrá como mensaje central la esperanza cristiana.

Al rezar la novena de Navidad en clave de esperanza, dispondremos nuestros corazones para el nacimiento del Mesías y para vivir un Año Jubilar con Aquel que ha sido enviado a llevar la buena noticia a los pobres, a sanar los corazones destrozados, a proclamar la liberación a los cautivos, la libertad a los prisioneros y a proclamar un año de gracia del Señor (cf. Isaías 61,1-2).

El Año Jubilar tendrá su inicio en Roma, con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, el 24 de diciembre de 2024, en la Solemnidad de la Natividad del Señor. Y el domingo 29 de diciembre que le sigue, en la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, tendrá su apertura en las Iglesias particulares (las diócesis) y en las que a ella se asimilan (la prelatura y la abadía territorial, el vicariato y la prefectura apostólica, entre otras). Irá hasta el 28 de diciembre de 2025 en las diócesis y hasta el 6 de enero de 2026 en la Basílica de san Pedro, en Roma. Que durante el Año Santo acojamos el anuncio de la esperanza que encarna la gracia de Dios y los signos que atestiguan su eficacia.

Dios permita que el rezo de la novena de Navidad nos reúna como un solo pueblo y traiga bendición a los fieles, a los hombres y mujeres que habitan en la ciudad y en el campo, en los barrios y veredas de la Arquidiócesis de Bogotá, para acoger el presente y el futuro con una esperanza nueva y con la certeza de que Dios nos hizo buenos, capaces de vivir en el amor y en la fe, en la solidaridad y en la fraternidad.





Oraciones para encender cada domingo las velas de la Corona de Adviento



La Corona de Adviento representa el tiempo previo a la Navidad. Al encender cada domingo una de sus velas, simbolizamos el ascenso hacia la luz de Navidad y nuestra preparación para acoger al Hijo de Dios que nacerá.

Invocación inicial

Reunidos en familia, cada domingo de Adviento, uno de los presentes (V) dice la aclamación, y los demás responden (R)

V/. Ven, Señor, no tardes. R/. Ven, que te esperamos.

V/. Ven, Señor, no tardes. R/. Ven pronto, Señor.

Luego, enciende la vela del domingo de adviento correspondiente, mientras recita la oración, como sigue.





Primer domingo de Adviento



Encendemos, Señor, esta vela,
como aquel que enciende su lámpara
para salir en la noche
al encuentro del amigo que ya viene.

En esta primera semana del Adviento
queremos levantarnos para esperarte
preparados,
para recibirte con alegría.

Muchas sombras nos envuelven.
Muchos halagos nos adormecen.
Queremos estar despiertos y vigilantes,
porque tú nos traes la luz más clara,
la paz más profunda
y la alegría más verdadera.

¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús!





Segundo domingo de Adviento



Los profetas mantenían encendida
la esperanza de Israel.
Nosotros, como un símbolo,
encendemos esta segunda vela.

El viejo tronco está rebrotando,
florece el desierto.
La humanidad entera se estremece
porque Dios se ha sembrado en nuestra carne.

Que cada uno de nosotros, Señor,
te abra su vida para que brotes,
para que florezcas,
para que nazcas y mantengas en nuestro
corazón encendida la esperanza.

¡Ven pronto, Señor! ¡Ven, Salvador!



Tercer domingo de Adviento



En las tinieblas se encendió una luz,
en el desierto clamó una voz.
Se anuncia la buena noticia:
¡el Señor va a llegar!

Preparen sus caminos, porque ya se acerca.
Adornen su alma como una novia
se engalana el día de su boda.

Ya llega el mensajero.
Juan Bautista no es la luz,
sino el que nos anuncia la luz.

Al encender esta tercera vela
cada uno de nosotros quiere ser
antorcha tuya para que brilles,
llama para que calientes.

¡Ven, Señor, a salvarnos!
¡Envuélvenos en tu luz!
¡Caliéntanos en tu amor!





Cuarto domingo de Adviento



Al encender esta cuarta vela,
en el último domingo del Adviento,
pensamos en ella, la Virgen,
tu madre y nuestra madre.

Nadie te esperó con más ansia,
con más ternura, con más amor.
Nadie te recibió con más alegría.

Te sembraste en ella como el grano
de trigo se siembra en el surco.
En sus brazos encontraste
la cuna más hermosa.

También nosotros
queremos prepararnos así: en la fe,
en el amor y en el trabajo de cada día.

¡Ven pronto, Señor! ¡Ven a salvarnos!



Oración diaria para bendecir los alimentos durante el Adviento

(Se puede encender la vela de la corona de la semana correspondiente)



Señor Dios, en la proximidad del nacimiento de tu Hijo,
prepara nuestro hogar y nuestros corazones para recibirlo
con esperanza y alegría.

Bendice nuestra mesa y el alimento que nos das,
pues de ti provienen los bienes de la tierra
que creaste para nuestro socorro.

Bendice a quienes hicieron posible que estos dones llegaran
a nuestra casa, para fortalecer nuestros cuerpos
y permanecer en el trabajo diario y en tu santo servicio.

Bendice también las manos que los han preparado
y concédenos que, al comer juntos,
crezcamos en unidad y en fraternidad.

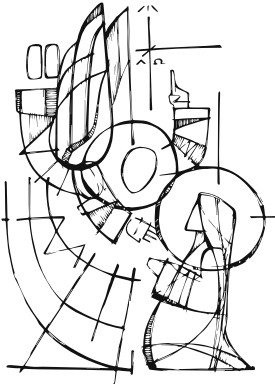
Que, al llegar la Navidad, tu Hijo, nacido de la Virgen María,
se sienta a nuestra mesa y nos comparta tu amor y tu paz.

Amén.





Ángelus



Esta oración nos recuerda la Anunciación y Encarnación del Mesías. Su nombre deriva de las primeras palabras del latín en que está escrita: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ*. Se reza al medio día.

V: / El ángel del Señor anunció a María.

R: / Y ella concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Dios te salve, María...

V: / He aquí la esclava del Señor.

R: / Hágase en mí según tu palabra.

Dios te salve, María...

V: / Y el Verbo de Dios se hizo carne.

R: / Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María...

V: / Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

R: / Para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo.

Oremos: Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones, para que quienes hemos conocido, por el anuncio del ángel, la Encarnación de Tu Hijo, lleguemos, por su Pasión y su Cruz, a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.





Oración para todos los días



Bondadoso Dios de infinita caridad, que tanto amaste a los hombres, que les diste en tu Hijo la mejor prenda de tu amor, para que hecho hombre en las entrañas de una Virgen, naciera en un pesebre para nuestra salud y remedio.

Nosotros, en nombre de todos los mortales, te damos infinitas gracias por tan soberano beneficio. En retorno de él te ofrecemos la pobreza, humildad y demás virtudes de tu Hijo humanado, suplicándote por sus divinos méritos, por las incomodidades con que nació y por las tiernas lágrimas que derramó en el pesebre, que dispongas nuestros corazones con humildad profunda, con amor encendido, con total desprecio de todo lo terreno, para que Jesús recién nacido tenga en ellos su cuna y more eternamente. Amén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.





Día Primero :

16 de diciembre

El ángel Gabriel, mensajero de la esperanza

La novena de Navidad que iniciamos hoy renueva en nosotros el anuncio del nacimiento del Mesías y pone en escena a personajes, lugares y acontecimientos que Dios en su providencia dispuso para manifestar en forma humana a su Hijo Jesucristo, semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe.

Este recorrido comienza en la tierra de la Virgen María, Nazaret, palabra que significa “germen, vástago o retoño” y que traía a la memoria de sus habitantes aquellas palabras de Isaías que dicen: «brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago, y sobre él se posará el espíritu del Señor.» (cf. Isaías 11, 1-10). Estas palabras del profeta indicaban que el Mesías nacería, como un retoño, de la descendencia del rey David, y que su vida entre los hombres estaría conducida por el Espíritu de Dios.

Nazaret era un pequeño poblado, de poca importancia en aquella época, pero Dios lo hizo grande al elegir de entre sus habitantes a una joven doncella llamada María, desposada con José, el carpintero, de la descendencia de David. El ángel Gabriel entró en casa de la Virgen María, la saludó y le dijo: «concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.» (Lucas 1, 31-33).

Con estas palabras, el ángel se convirtió aquel día en mensajero de buenas noticias, o mejor, de la noticia más grande de todos los





tiempos, anunciada por los profetas y llevada a cumplimiento en la Virgen María de Nazaret, la llena de gracia, colmada de virtudes para ser digna morada del Salvador. El ángel es el mensajero de la esperanza porque comunicó la presencia visible y humana del Hijo de Dios. Su anuncio nos recuerda que Dios no olvida sus promesas, porque están fundadas en su palabra de verdad y en su amor infinito. Por eso, en la Navidad nacerá la esperanza más grande de los creyentes: Jesucristo.

Nosotros debemos ser, como el ángel Gabriel, mensajeros de la esperanza, porque el mundo precisa que brote de los corazones la semilla que Dios plantó en el vientre de la Virgen María y florezca como llama que se eleva e ilumina nuestras vidas, como esperanza que supera todo pesimismo y nos lleva a soñar un futuro mejor de la mano de Dios, puerta abierta de esperanza para todo el que cree.

Que la alegría del anuncio del ángel Gabriel nos capacite para comunicar de palabra y de obra que Dios está por venir, que Él quiere habitar en medio de nosotros y vivir con nosotros. Que su mensaje nos lleve a vencer la tristeza y la desesperanza y nos haga testigos veraces de su amor.



*Alégrate, Iglesia, llegó el mensajero,
trae buenas noticias desde el santo cielo;
en la Virgen María ya reposa el Verbo,
su "sí" le ha sembrado en su vientre tierno.*

*En Él las promesas se ven ya cumplidas,
su nombre es Santo y su Padre es Dios,
y nos llama a todos anunciar al mundo
que es nuestra esperanza, nuestra salvación.*





Día Segundo :

17 de diciembre

La Virgen María, corazón que anida la esperanza

La anunciación del ángel Gabriel a la Virgen María tuvo lugar en Nazaret, población asentada en las faldas de una colina en la región de Galilea. Sus habitantes se dedicaban al trabajo artesanal y al cultivo de la cebada, la vid, los olivos, el trigo y las legumbres. Buena parte de sus casas eran extensiones de grutas naturales adaptadas para la vida doméstica, y, una de ellas, fue testigo de la encarnación del Hijo de Dios.

Ante el anuncio del ángel, María dijo: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones con ningún hombre?» Y el ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios». Y María dijo al ángel: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» (Lucas I, 34-38.)

La Virgen María, por ser judía, sabía de las profecías acerca de la venida del Mesías y abrigaba la esperanza de su llegada, pero, lo que no sabía era que fuera la elegida para dar cumplimiento a este anuncio. En su corazón habitaba la esperanza, y la Esperanza vino a habitar en su vientre.

El ángel le hizo saber a la Virgen María que la encarnación del Hijo de Dios sería obra del Espíritu Santo, y no por intervención de José con quien ya estaba comprometida, sin vivir juntos todavía. El hijo que llevaría en su vientre era el esperado de todos los tiempos, el Hijo de Dios y, a la vez, su hijo, que necesitó de su seno para encarnarse y tomar un cuerpo como el nuestro.





Animada por la fe y la esperanza María dijo sí al designio de Dios, y comenzó en ella la historia humana del Dios con nosotros, en quien nuestra esperanza es fiable y verdadera.

En el corazón de toda persona anida la esperanza, y María, en su interior, acogió el mensaje del ángel, lleno de luz y bondad. Por el amor que le profesaba a Dios, aceptó ser la madre del Salvador y, por amor, recibió al Mesías en su seno, ya que la esperanza nace y se funda en el amor.

Como María, hagamos de nuestros corazones un refugio que acoge la esperanza y a Jesucristo. Permitir que el Señor habite en nosotros nos permitirá tener una visión de la vida llena de esperanza y entusiasmo. La esperanza cristiana no es un mero optimismo; entraña un don divino que nos hace anhelar la venida del Mesías y mirar al futuro con deseo y expectativa de bien. Por tanto, superemos la soledad de aquellos corazones que solo albergan caprichos humanos y viven ausentes de Dios y de su esperanza, para contemplar la vida con ojos nuevos y convertir lo más profundo del ser humano en el lugar de encuentro con Dios.



*Te veneramos Virgen María,
a ti que dijiste sí a las palabras del ángel;
te exaltamos por anidar, en tu corazón y en tu vientre,
al Salvador del mundo.*

*Llévanos, madre del Redentor y madre nuestra,
a acoger en nuestros corazones al Mesías prometido,
para reavivar la esperanza en su venida
y mirar el futuro con confianza y empeño.*





La virgen María, peregrina de la esperanza

Luego del anuncio del ángel Gabriel, la virgen María dejó Galilea y se fue a la región de Judá a visitar a su prima Isabel, quien, según el ángel, esperaba un hijo en su ancianidad. María comprendió que Dios había hecho en Isabel un gran milagro y decidió ir en su ayuda para acompañarla en los últimos meses de su embarazo y en el parto de aquel que sería llamado Juan el Bautista. (cf. Lucas I, 39-40).

María hizo un gran recorrido, aproximadamente de cien kilómetros, pues entendía que, en ella y en su prima, Dios había comenzado la instauración de su reino entre los hombres. Su peregrinaje se convirtió en una experiencia contemplativa que le permitió meditar el misterio que crecía en su vientre, de modo que nunca se sintió sola, sino, acompañada por Aquel de quien el ángel había dicho “se llamará Hijo de Dios”. Llegó a ser peregrina de la esperanza mientras caminaba y meditaba.

Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida y lo hallan en el silencio, el esfuerzo y la meditación. Por eso, nosotros estamos llamados a unirnos a este peregrinaje de la Virgen, para redescubrir el valor de lo esencial y el sentido de caminar con Cristo.

El Papa Francisco ha anunciado que el 2025 será un Año Jubilar, algo que ocurre cada 25 años y que se entiende como un tiempo de gracia y bendición. El Jubileo lleva por nombre “Peregrinos de esperanza”, ya que el mundo actual padece el flagelo de





las guerras, las discordias *Ad Intra* de las naciones, el cambio climático, la desigualdad social y otras tantas realidades que pretenden apagar los anhelos y los sueños de la humanidad.

El Año Jubilar iniciará en Roma este 24 de diciembre y el domingo siguiente en todas las diócesis del mundo. Por eso, estamos llamados a vivir el Jubileo como un peregrinaje con la Virgen María, que camina a nuestras casas llevando en su seno al Mesías, la mayor esperanza que puede acompañar nuestra existencia.

Como peregrinos de esperanza, redescubramos el sentido de la vida, renovemos la dicha de encontrarnos y de celebrar juntos, recuperemos la memoria de lo bueno que hemos hecho y de lo que queremos alcanzar, superemos las fronteras de la desigualdad, de las razas y de los pensamientos excluyentes que nos impiden reconocer aquello que nos une y nos lanza a objetivos comunes que favorecen la paz, la solidaridad y el progreso de los pueblos. De ese modo revitalizaremos nuestra esperanza y el motivo para seguir viviendo y trabajando por lo que somos y queremos llegar a ser, de la mano del Señor.



*¿Adónde caminas, oh Virgen, tan presurosa y alegre?
A visitar a Isabel, a quien Dios ha bendecido;
Llevo conmigo al Mesías, en quien mi esperanza se funda,
con Él, la colina se aplana y el abismo es henchido.*

*Vamos contigo, María, peregrina de esperanza,
pues nos alienta Jesús, cáliz de la nueva alianza.
Oh, Rey, que del cielo bajas y a caminar nos impulsas,
fortalece nuestros pasos para seguir sin excusas.*





Isabel, la esperanza convertida en alegría

Zacarías e Isabel fueron dos esposos de edad avanzada, de quienes Dios tuvo misericordia al concederles un hijo, que llevó por nombre Juan, el precursor de Jesús. Su historia nos enseña que nunca debemos perder la esperanza en Dios porque nada es imposible para Él. Por eso nosotros, al rezar esta novena, meditamos en aquellos que pusieron su esperanza en el Señor y se beneficiaron de su bondad, para aprender de ellos y renovar nuestra confianza en Él.

Isabel se alegró al ver superada su esterilidad, y su segunda alegría se produjo al recibir la visita de su prima la Virgen María: en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, y, llena de Espíritu Santo, dijo con gran voz: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Dichosa tú que ha creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.» (cf. Lucas 1, 41-45).

A partir de este relato, advertimos que fue el Espíritu Santo quien le reveló a Isabel que el niño de María era el Hijo de Dios; por eso los proclamó benditos a Él y a su madre. Juan también experimentó esa alegría en el vientre materno, al punto de saltar de gozo. A Isabel y a su hijo los unió una misma alegría, favorecida por el Espíritu, ante la presencia del Mesías que crecía en el seno de la Virgen. En Isabel reconocemos la esperanza convertida en alegría, porque ella supo esperar la obra de Dios en su favor y la que sucedía en el vientre de María

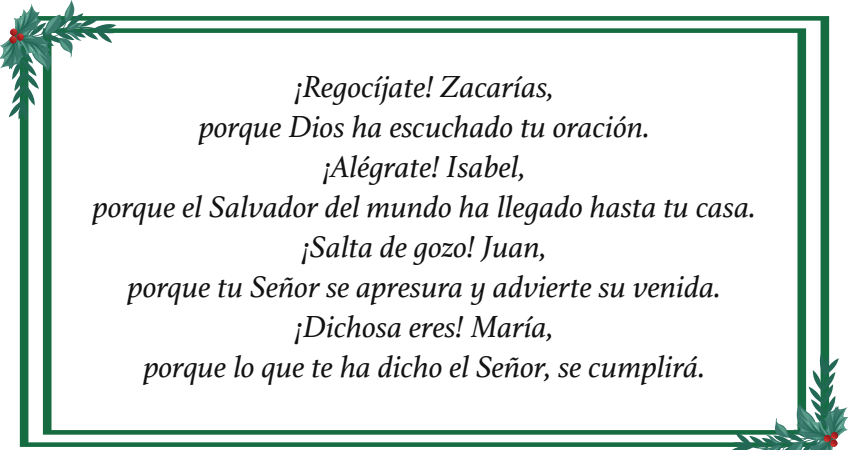




para bien de todo el pueblo. Su alegría fue completa, ya que a su maternidad se unió la maternidad de la madre de Dios, que la llevó a gritar con gozo la bendición de la madre y del Hijo que la visitaban. Por la esperanza que colmó su corazón, su lamento se convirtió en alegría.

Al igual que Isabel, necesitamos recuperar la alegría, porque Dios nos creó para ser felices y para encontrar en Cristo la felicidad más perfecta. Renovar la esperanza representa el camino de la alegría, porque donde habita la esperanza se vislumbra el anhelo y la dicha de su cumplimiento. No hay alegría sin esperanza y no hay verdadera esperanza que no contenga —como prenda— el gozo y la alegría.

La cercanía de la Navidad nos llama a recuperar la alegría de existir, a superar la pérdida del deseo de transmitir la vida, a vencer el individualismo y el temor ante el futuro que se niega a consolidar nuevas familias, a abrirnos a la vida con una maternidad y paternidad responsables, a hacer posible las sonrisas de los niños y las niñas hasta convertirse en oasis de esperanza en una humanidad envejecida.



*¡Regocíjate! Zacarías,
porque Dios ha escuchado tu oración.
¡Alégrate! Isabel,
porque el Salvador del mundo ha llegado hasta tu casa.
¡Salta de gozo! Juan,
porque tu Señor se apresura y advierte su venida.
¡Dichosa eres! María,
porque lo que te ha dicho el Señor, se cumplirá.*





20 de diciembre

San José, modelo de esperanza en la prueba

En la ciudad de Nazaret y en el vientre de la Virgen que ha regresado de asistir a su prima, a quien Dios ha bendecido con un hijo, crece el Mesías, el hijo de María y de José. San José, entre sus vecinos, era conocido por su labor de artesano y carpintero; sus manos trabajaban la madera, la piedra y otros materiales para diseñar, construir y reparar arados y muebles, puertas y ventanas, y techos sostenidos con vigas unidas con palos, arcilla y adobes.

San José, habiendo celebrado el compromiso con la Virgen María, preparaba lo necesario para llevársela para su casa, aún sin conocer el misterio de la anunciación. Pero, al enterarse que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo, y al no entender lo ocurrido, decide dejarla en secreto. Y, he aquí que el ángel del Señor se le aparece en sueños y le dice: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mateo 1, 20-21).

San José es el hombre justo que ama a su esposa; y el justo en la Biblia se refiere a aquel que se esfuerza por llevar una vida agradable al Señor, cumpliendo sus enseñanzas y honrándolo en su actuar. Sin embargo, el justo también pasa por momentos de duda y de prueba, como le sucedió a José. Su dilema y su decisión primera de dejar a María en secreto representan las tribulaciones humanas que, en ocasiones, nos ponen contra la





pared e intentan romper nuestros proyectos. Sin embargo, por la revelación del ángel, José supo comprender que la venida del Mesías los vinculaba, a su esposa y a él, en el misterio divino de la encarnación. Y es aquí donde su justicia y su virtud probada lo llevaron a aceptar el designio de Dios y a abrirse a la esperanza de convertirse en el padre adoptivo del Hijo de Dios.

San José amó, creyó y esperó. Amó a María y, por eso, no la denunció; creyó en el anuncio del ángel y, por eso, hizo lo que le mandó; y esperó porque su confianza estaba en Dios, en su esposa y en el Hijo divino que se confiaba a su cuidado. Al igual que san José, en la familia pueden presentarse situaciones que no entendemos, que escapan de nuestras seguridades, que nos desestabilizan y nos hacen pensar en huir, dejar o condenar. Sin embargo, debemos convertir los momentos de prueba en ocasiones propicias para mantener la esperanza en Dios, pues solo en Él comprenderemos el verdadero significado de los hechos y podremos decidirnos por lo que es bueno, lo que agrada a Dios, lo perfecto.

Es hora de vivir el sueño del ángel, es decir, de entender desde Dios y de apoyarnos no solo en nuestras fuerzas, sino especialmente en Él, pues Dios es la esperanza que trasciende este mundo y nos abre a la providencia divina. La esperanza es la respuesta que se ofrece a los corazones cuando surge la pregunta: ¿Qué será de mí? ¿Qué debo hacer?



*Enséñanos, san José,
tu justicia y tu virtud,
para afrontar los agobios
con paciencia y rectitud.
Que, en las pruebas, seas tú,
quien inspire nuestro obrar,
y que un ángel nos indique
la decisión a tomar.*





Día Sexto:

21 de diciembre

Juan Bautista, testigo de la luz que trae la esperanza

Seis meses antes del nacimiento de Jesús nació su primo Juan, hijo de Zacarías e Isabel. Dios lo eligió para que anunciara al pueblo que el Mesías estaba a punto de llegar, por lo que llamó al pueblo a convertirse y a bautizarse. Juan llevaba un vestido de pelo de camello y una correa de cuero a su cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Su estilo de vida y su valentía al enseñar hizo que algunos se preguntaran si él era el Mesías esperado. Pero él aclaró que no era la luz, sino testigo de la luz. Así llamó Juan a Jesús: la luz. Y nosotros nos disponemos para celebrar en Navidad el nacimiento de Jesús, la luz del mundo. (cf. Mateo 3, 1-17).

Juan dio testimonio de que Jesús era el Hijo de Dios, y su testimonio colmó de esperanza los corazones. Jesús irradia en el mundo la luz de la esperanza, que brilla en lo alto y declara que nada nos podrá separar del amor de Dios, porque Dios no desiste, no declina ni renuncia a su amor ni a su intención de salvarnos; por eso nuestra esperanza está fundada en Jesucristo que nace de la Virgen María y permanece como signo visible de esperanza.

Dios, al enviar a su Hijo al mundo, nos hace depositarios de su esperanza, por lo que estamos llamados a redescubrir la esperanza que Dios nos ofrece en la vida cotidiana. Por eso es urgente ver la esperanza en la vida naciente, en los niños y niñas que habitan entre nosotros, en las familias que se esfuerzan por consolidarse en el amor y en la fe, en los jóvenes que salen día





a día a tejer sus anhelos, en los padres de familia que quieren una vida mejor para sus hijos, en los adultos mayores que reinterpretan su historia para reconocer lo verdaderamente fundamental en la vida; en quienes trabajan por la paz sin desanimarse, en los sacerdotes, religiosos y laicos que dan testimonio de Jesucristo porque su esperanza está puesta en Él.

Como testigos de Jesucristo, luz que trae la esperanza, precisamos de iniciativas que devuelvan la esperanza, que nos permitan creer y confiar, que nos traigan perdón y libertad, que nos ayuden a superar el pensamiento consumista, que nos integren a acciones solidarias y en pro del bien comunitario, que nos hagan soñar y nos ayuden a construir un futuro mejor, que nos convoquen alrededor de la mesa para compartir el pan en unidad, que nos lleven a contar y a escuchar en familia y con los amigos los hechos que nos llenaron de alegría, que nos permitan expresar lo que queremos lograr, sin temor a ser juzgados, que revitalicen nuestra confianza en Dios y nuestra participación en la celebración comunitaria de la fe. Juan Bautista anunció hace más de 2000 años la venida de Jesús; ahora, somos nosotros los portavoces de esta noticia, pues su luz no se puede apagar ni ocultar.



*En la cercanía de la Navidad, contigo, Juan,
queremos ser testigos de la luz;
queremos salir al encuentro de los hombres
para anunciar que el Señor es nuestra esperanza.*

*Dios nuestro, queremos ser testigos del Mesías,
porque su luz es certeza en nuestro andar,
es aliento en nuestras labores
y esperanza en el diario caminar.*





Día Séptimo:

22 de diciembre

Los sabios de oriente, intérpretes de la esperanza

Jesús nació en Belén, la patria del rey David. Por aquel tiempo se creía que, cuando nacía una persona importante, con ella nacía una nueva estrella, y esta fue la que vieron los sabios de oriente en el cielo: la estrella del Mesías.

Los sabios de oriente llegaron hasta el palacio del rey Herodes y le dijeron: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarle.» El rey Herodes, sobresaltado por estas palabras, convocó a los sumos sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde había de nacer el Mesías. Y ellos le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta.» (Mateo. 2, 2-5). Al saber del lugar, los sabios se pusieron en camino, guiados por la estrella que habían visto en Oriente. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría.

Los sabios de Oriente eran estudiosos de los cuerpos celestes; ellos, en lejanas tierras, vieron surgir una nueva estrella que los cautivó y los llevó a indagar su significado. En su intención, leyeron las profecías de los judíos que anunciaban el nacimiento del Rey y Mesías; y, siguiendo la estrella e interpretando su significado, peregrinaron hasta Belén. Ellos llegaron a ser intérpretes de lo que el Mesías quiso revelarles al seguir su estrella.

Estos sabios, llamados popularmente “reyes magos”, representan a “todas las gentes” a las que Jesús se manifiesta como estrella radiante en la Navidad y como signo de esperanza





para la humanidad, digno de ser interpretado y conocido, capaz de transformar la vida de toda persona, tanto judía como pagana.

La estrella que vieron los sabios les señaló el camino, la dirección y el sentido para llegar hasta el Mesías. Ella los llevó a mirar el futuro con esperanza, a descubrir en lo alto al Rey que habitaba en la tierra; y ellos se dejaron atraer por su brillo hasta llegar a su presencia. La estrella de Cristo brilla en lo alto, por lo que es preciso levantar la mirada al cielo y reconocer que por encima de nosotros hay un Dios y Señor, dueño de todo, digno de alabanza, que se nos revela como esperanza para que caminemos hasta encontrarlo.

Muchas realidades en el mundo buscan impedirnos levantar la cabeza y mantenernos con la mirada anclada a las cosas de la tierra, a lo pasajero y perecedero. Pero el Mesías brilla con mayor fuerza en este tiempo, como estrella de la esperanza, para que, siendo intérpretes de sus signos y testigos de su resplandor, le sigamos hasta hallarlo y llenarnos de alegría. Que la fuerza de esta esperanza ilumine nuestros corazones, nos permita esperar en el Señor, ser fuertes y valientes para colmar el presente y el futuro de los bienes espirituales que trae el Mesías.



*De Oriente hacia Belén caminan
los intérpretes de la Estrella,
pues han descubierto en su brillo,
que el Rey de los siglos llega.*

*Sus ojos contemplan la Estrella
que existe antes que el sol;
Ella les guía sus pasos
y ellos le ofrecen su don.*





23 de diciembre

Los cristianos, ejemplos de paciencia por Aquel que es su esperanza

Con el ángel Gabriel, la Virgen María, santa Isabel, san José, san Juan Bautista y los sabios de Oriente, los cristianos estamos llamados a saber esperar a Aquel que es nuestra esperanza. El apóstol Santiago nos lo dice con estas palabras: «Así pues, hermanos, esperen con paciencia la venida del Señor. Vean cómo el campesino espera el fruto precioso de la tierra, aguardando con paciencia las lluvias tempranas y tardías. Así también ustedes: tengan paciencia y buen ánimo, porque la venida del Señor está cerca; el juez está ya a la puerta» (Santiago 5, 7-II).

Esperar el nacimiento del Mesías contiene en sí mismo un mensaje de esperanza, porque la esperanza no defrauda, no se irrita ni perece, ya que en Cristo las promesas llegan a su cumplimiento. Pero hay que saber esperar.

En un mundo que nos ha acostumbrado a quererlo todo de inmediato, con prisa y nerviosismo, surge la paciencia como maestra que nos llama a saber esperar. La paciencia nos llena de perseverancia para no decaer ni desesperar, y de confianza para no dudar ni desanimarnos. Redescubrir la paciencia es asemejarnos a Cristo, manso y humilde de corazón, quien afrontó el sufrimiento sin dejar de creer que saldría vencedor. La paciencia mantiene viva la esperanza y consolida en la virtud, como una semilla sembrada en el campo que el campesino ve prosperar, sin percatarse del crecimiento diario, pero que verá cargada de frutos en el tiempo de cosecha.





La paciencia robustece y alimenta la esperanza, y se vuelve compañera de camino que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. La esperanza nos mantiene en el buen ánimo, porque la venida del Señor está cerca. Él es la puerta de la salvación a la cual debemos llamar.

La paciencia es saber esperar al Mesías, es ponernos a su puerta con la certeza de que llegará, abrirá y nos hará pasar. Así lo vivieron las vírgenes sensatas que, con lámparas encendidas, esperaron al esposo y con él entraron al banquete. Con esperanza permanecieron junto a la puerta y, con paciencia, mantuvieron encendidas sus lámparas.

Saber esperar con paciencia al Mesías es creer que su nacimiento renovará nuestra fe, nos dará fuerzas nuevas, nos hará pasar a otro tiempo para ver la vida con esperanza. Como creyentes, necesitamos ponernos a la puerta para oír cuando el Señor llame y escuchar su voz cuando nos diga: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.» (Apocalipsis 3, 20). Que la Navidad nos reciba con la puerta abierta para entrar y celebrar juntos al Dios encarnado que quiso habitar entre nosotros.



*Oh, Señor, que en la tierra naces,
danos la luz que indique el sendero
para, con paciencia, llegar a tu puerta
y esperar confiados tu dulce regreso.*

*Permite que entremos, que el umbral pacemos,
para emprender la senda de la vida eterna,
aquella que has hecho posible en la tierra
con tu encarnación y tu pascua regia.*





24 de diciembre

Jesucristo, nuestra paz y nuestra esperanza

Este día nos presenta a san José y a la Virgen María, que, venidos desde Nazaret, llegan a Belén para registrarse en el censo, dando cumplimiento a las profecías y al decreto del emperador Augusto. Han sido más de cien kilómetros de recorrido en el que la Virgen madre lleva en su seno al Mesías que pronto nacerá en la ciudad de David. Al llegar, y no hallar hospedaje, se ven obligados a descansar en un establo. Y es allí donde el Señor nace de María, el lugar que el Rey se escogió para nacer.

Hoy Dios nace en las profundidades de la tierra, en la gruta labrada por los hombres; hoy, el maravilloso misterio del nacimiento del Hijo de Dios se hace visible en el Niño recostado en un pesebre. Hoy el mundo recibe como don al Mesías, a quien el coro de los ángeles anuncia como gloria del cielo y paz de la tierra. La aldea de Belén, pequeña entre los clanes de Judá, acoge a quien ha de gobernar Israel, aquel que trae la salvación. La gruta de la Natividad se abre para hospedar a la Virgen madre de Nazaret, al padre justo que cuidará del Redentor, y al Niño divino que deja el cielo y reposa sobre pajas, calentadas por el aliento de la mula y el buey (cf. Lucas 2, 6,16).

A tres kilómetros de Belén se hallan los pastores vigilando su rebaño, y son testigos de la aparición de los ángeles y del anuncio del nacimiento del Salvador, el Mesías, el Señor. Sus oídos escuchan el canto celeste que rinde gloria a Dios en el cielo y declara paz en la tierra a los hombres que Él ama. Hoy nace la esperanza y la paz que vienen de Dios y que, como un manto, abrazan a toda la humanidad.





El primer sentimiento que colma nuestros corazones en esta noche de Navidad es la alegría, porque la esperanza por la venida del Señor se ve cumplida y nos lanza a un tiempo nuevo. La alegría es seguida por la paz que trae Cristo, porque su reinado no es de esclavitud ni de opresión sino de amor y de misericordia. Por eso, pidamos que la paz venza la tragedia de la guerra que trae tanto sufrimiento a la humanidad. Que la paz nos lleve a vivir siempre para el Señor y nos aleje de la discordia, la división y la envidia. Que la paz nos congregue en un mismo esfuerzo para construir sociedades fraternas y solidarias, para cuidar la casa común y amar la creación. Que la paz nos haga vivir sin temor, caminar en libertad y trabajar con empeño.

Proclamemos al mundo que Jesucristo es nuestra paz, que no queremos más violencia, que le apostamos a la unidad, a la armonía y a entretejer lazos para construir un mejor mañana. Con los ángeles cantemos que Dios es nuestra esperanza, porque su gloria ha iluminado la tierra y ha sembrado en nuestros corazones a su Hijo Jesucristo que vivirá entre nosotros, que caminará por nuestras calles enseñando su Evangelio, que predicará en los templos y capillas, que buscará al pecador para que se convierta, que hará grandes signos para que creamos en Él, que se compadecerá de aquel que sufre, que perdonará al pecador, que compartirá el pan y nos llamará a ser solidarios, que nos amará como el Padre le ama. Esta es nuestra esperanza de Navidad.

¡Feliz Navidad!





Anuncio de Navidad



En la gruta de Belén
se ha estremecido la tierra
porque en ella hoy ha nacido
el Mesías, de la Reina.

La Virgen pura, adornada
con la gracia del Creador,
ha dado a luz al Enviado,
al que es Dios y Señor.

Un pesebre le ha ofrecido
José, su padre en la tierra,
al no encontrar hospedaje
en las casas de la aldea.

Unas pajas calentadas
por las bestias del establo
se convirtieron en trono
para aquel que es Rey y Santo.

El ángel se apareció
en el campo a los pastores,
que cuidaban sus rebaños
por turnos, aquella noche.

Y les contó la noticia
que nos llena de alegría:
la esperanza se ha cumplido,
¡hoy ha nacido el Mesías!





Gozos al Niño Jesús

*Dulce Jesús mío,
mi Niño adorado,
¡Ven a nuestras almas!
¡Ven, no tardes tanto!*

¡Oh Sapiencia suma
del Dios soberano,
que a infantil alcance
te rebajas sacro!

¡Oh Divino Niño,
ven para enseñarnos
la prudencia que hace
verdaderos sabios!

¡Oh, Adonai potente
que a Moisés hablando,
de Israel al pueblo
diste los mandatos!

¡Ah! ven prontamente
para rescatarnos,
y que un Niño débil
muestre fuerte brazo!

¡Oh raíz sagrada de Jesé,
que en lo alto
presentas al orbe
tu fragante nardo!

¡Dulcísimo Niño
que has sido llamado
lirio de los valles,
bella flor del campo!

¡Llave de David
que abre al desterrado
las cerradas puertas
de regio palacio!

¡Sácanos, Oh Niño,
con tu blanca mano,
de la cárcel triste
que labró el pecado!

¡Oh lumbre de Oriente,
sol de eternos rayos,
que entre las tinieblas
tu esplendor veamos!

¡Niño tan precioso,
dicha del cristiano,
luzca la sonrisa
de tus dulces labios!

¡Espejo sin mancha,
Santo de los santos,
sin igual imagen
del Dios Soberano!

¡Borra nuestras culpas,
salva al desterrado
y, en forma de Niño,
da al mísero amparo!





¡Rey de las naciones,
Emmanuel preclaro,
de Israel anhelo,
Pastor del rebaño!

¡Niño que apacientas
con suave cayado
ya la oveja arisca,
ya el cordero manso!

¡Ábranse los cielos
y llueva de lo alto
bienhechor rocío,
como riego santo!

¡Ven hermoso Niño,
ven Dios humanado!
¡Luce hermosa estrella,
brota, flor del campo!

¡Ven, que ya María
previene sus brazos,
do su Niño vean,
en tiempo cercano!

¡Ven, que ya José,
con anhelo sacro,
se dispone a hacerse
de tu amor sagrario!

¡Del débil auxilio,
del doliente amparo,
consuelo del triste,
luz del desterrado!

¡Vida de mi vida,
mi Dueño adorado,
mi constante amigo,
mi divino hermano!

¡Véante mis ojos
de Ti enamorados!
¡Bese ya tus plantas!
¡Bese ya tus manos!
¡Prosternado en tierra,
te tiendo los brazos,
y aún más que mis frases
te dice mi llanto!

*¡Ven, Salvador nuestro,
por quien suspiramos,
¡Ven a nuestras almas!
¡Ven, no tardes tanto!*



Oración a la Santísima Virgen María



Soberana María, que por tus grandes virtudes y especialmente por tu humildad, mereciste que todo un Dios te escogiera por madre suya, te suplicamos que tú misma prepares y dispongas mi alma y la de todos los que en este tiempo hicieran esta novena, para el nacimiento espiritual de tu adorado Hijo.

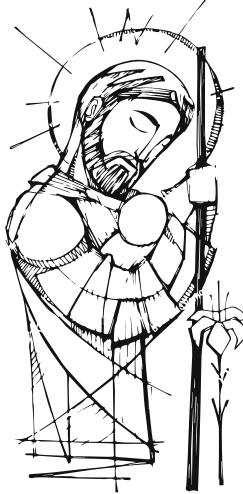
¡Oh, dulcísima Madre! Comunícanos algo del profundo recogimiento y divina ternura con que le aguardaste, para que nos hagas menos indignos de verle, amarle y adorarle por toda la eternidad. Amén.

Dios te salve, María.





Oración a san José



¡Oh Santísimo José, esposo de María y padre adoptivo de Jesús! Infinitas gracias damos a Dios porque te escogió para tan altos ministerios y te adornó con todos los dones proporcionados a tan excelente grandeza.

Te rogamos, por el amor que tuviste al Divino Niño, nos abracés en fervorosos deseos de verle y recibirle sacramentalmente, mientras en su divina esencia le veamos y le gocemos en el cielo. Amén.

Padre Nuestro.





Oración al Niño Jesús



Acuérdate, ¡oh, dulcísimo Niño Jesús! que dijiste a la venerable Margarita del Santísimo Sacramento, y en persona suya a todos tus devotos estas palabras tan consoladoras para nuestra pobre humanidad agobiada y doliente: “Todo lo que quieras pedir, pídelo por los méritos de mi infancia y nada te será negado”.

Llenos de confianza en Ti, oh Jesús, que eres la misma verdad, venimos a presentarte toda nuestra miseria. Ayúdanos a llevar una vida santa, para conseguir una eternidad bienaventurada. Concédenos por los méritos de tu encarnación y de tu infancia, la gracia de la cual necesitamos tanto.

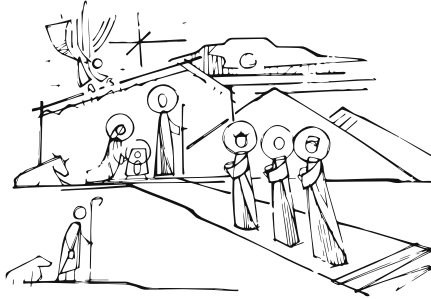
Nos entregamos a Ti, ¡oh Niño omnipotente!, seguros de que no quedará frustrada nuestra esperanza y de que, en virtud de tu divina promesa, acogerás y responderás favorablemente nuestra súplica. Amén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.





Villancicos tradicionales



El burrito sabanero

*/Con mi burrito sabanero
voy camino de Belén./*

*/Si me ven, si me ven,
voy camino de Belén./*

*Tuqui, tuqui, tuqui, tuqui.
Tuqui, tuqui, tuqui ta.
Apúrate mi burrito
que ya vamos a llegar.
Tuqui, tuqui, tuqui, tuqui.
Tuqui, tuqui, Tuqui tu.
Apúrate mi burrito
vamos a ver a Jesús.*

*/El lucerito mañanero
ilumina mi sendero./*

*/Con mi cuatrico voy cantando,
mi burrito va trotando./*

A la nanita nana

*/A la nanita nana, nanita nana,
nanita ea,
mi Jesús tiene sueño,
bendito sea, bendito sea./*

*Fuentecilla que corres
clara y sonora,
ruiseñor que en la selva
cantando lloras:
callad mientras la cuna
se balancea,
a la nanita nana, nanita ea.*

*Manojito de rosas y de alelías
¿Qué es lo que estás soñando
que te sonríes?*

*¿Cuáles son tus sueños?,
dilo alma mía,*

*mas ¿qué es lo que murmuras?
Eucaristía.*





Tutaina tuturumá

*Tutaina tuturumá,
tutaina tuturumaina.*

*Tutaina tuturumá, turumá,
tutaina tuturumaina.*

Los pastores de Belén
vienen a adorar al niño,
la Virgen y san José
los reciben con cariño.

Tres reyes vienen también
con incienso, mirra y oro
a ofrendar a Dios su rey
con el más grande tesoro.

Vamos todos a cantar
con amor y alegría
porque acaba de llegar
de los cielos el Mesías.

Los zagales

*/Los zagales y zagalas
al niño vamos a ver,
con piticos y tambores
mostrándole gran placer./*

¿Por qué tan doliente lloras?
¿Por qué, mi niño, por qué?
/Si quieres venir a mi alma,
ven que yo te arrullaré./

Ha nacido en un portal
llenito de telarañas,
/entre la mula y el buey,
el redentor de las almas./

En el portal de Belén
hay estrellas, sol y luna,
/la Virgen y san José
y el niño que está en la cuna./

Salve reina y madre

*/Salve reina y madre,
Salve dulce amor,
del jardín del cielo
la más bella flor./*

En una colina
con la nieve fría
/reposa en la noche
la Virgen María./

La malvada mula
con sus finos dientes,
/le comió la paja
al niño inocente./

Antón tiruliruliru

*/Antón tiruliruliru,
Antón tirulirurá./
/Jesús al pesebre
vamos a adorar./*





Duérmete niño chiquito
que la noche viene ya.
Cierra pronto tus ojitos
que el viento te arrullará.

Duérmete niño chiquito
que tu madre velará.
Cierra pronto tus ojitos
porque la entristecerás.

Los peces en el río

*Pero mira como beben
los peces en el río,
pero mira como beben
por ver al Dios nacido.
Beben y beben
y vuelven a beber,
los peces en el río
por ver a Dios nacer.*

La Virgen está lavando
y tendiendo en el romero;
los pajarillos cantando,
y el romero floreciendo.

La Virgen se está peinando
entre cortina y cortina,
sus cabellos son de oro,
el peine de plata fina.

La Virgen está lavando
con muy poquito jabón

Se le picaron las manos,
manos de mi corazón

Campana sobre campana

Campana sobre campana
y sobre campana una,
asómate a la ventana,
verás el niño en la cuna.

*/Belén, campanas de Belén.
Que los ángeles tocan
¿Qué nueva me traéis?/*

Recogido tu rebaño
¿Adónde vas pastorcillo?
Voy a llevar al portal
requesón, manteca y vino.

Campana sobre campana
y sobre campana dos,
asómate a la ventana
porque está naciendo Dios.

Zagalillos del valle venid

*Zagalillos del valle venid,
pastorcitos del monte llegad,
/la esperanza de un Dios prometido,
ya vendrá, ya vendrá, ya vendrá./*





La esperanza,
la gloria y la dicha
la tendremos en él
¿quién lo duda?
desdichado de aquel
que no acuda
con la fe que le debe animar.

Nacerá en un establo zagala,
pastorcillos, venid, adoremos;
hoy venimos y luego volvemos
y mañana nos puede salvar.

Pastores, venid

*/Pastores venid,
pastores llegad,
/a adorar al niño,/
que ha nacido ya./*

En el Portal de Belén
hay estrellas sol y luna,
la Virgen y San José
y el niño que está en la cuna.

Ábreme tu pecho, niño,
ábreme tu corazón,
que hace mucho frío afuera,
y allí solo hallo calor.

San José, al Niño Jesús,
un beso le dio en la cara,

y el Niño Jesús le dijo:
que me pinchas con tus barbas.

Al niño miró la Virgen,
a la Virgen San José,
el niño miró a los dos,
y se sonrieron los tres.

No sé si será el amor,
no sé si serán mis ojos,
mas, cada vez que te miro,
me pareces más hermoso.





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

